

ultra del emperador Carlos Quinto. ¿Quién habría tenido calma bastante para ver en todas partes su propia apoteosis y nada más, como Luis XIV? ¡Y esta residencia le costó 150 millones de libras equivalentes a 900 millones de pesetas de hoy! Esta morada suntuosa que a contar del año 1682 fué su residencia habitual, no bastó sin embargo al rey que sin hacer caso de los millones gastados, ni de la creciente desorganización de su hacienda, ni de la carga insoportable de las contribuciones, quiso tener otra residencia a guisa de casa de campo, se entiende como él entendía el campo, para disfrutar de la soledad, por supuesto en cuanto podía haber soledad para un dios de la tierra que no podía pasar sin incienso y adoradores humildes. Para este capricho eligió un matoral húmedo, situado entre Versalles y San German, y allí edificó el palacio de Marly.

Háse observado que Luis XIV evitó constantemente en la elección de los sitios para sus moradas los que tenían atractivos naturales. Evidentemente se sentía incómodo y pequeño en medio de una naturaleza bella que atrayendo las miradas las desviaba de su persona, y que además nada le debía a él. Cuanto por el contrario más feo é insignificante fuera el sitio, tanto más ocasión ofrecía de atestiguar la omnipotencia del *gran rey Sol*, del «*Rey Soleil*.» Este nuevo palacio de campo, Marly, se compuso de un gran edificio-pabellón para él y su familia, y doce más pequeños, cada uno con dos habitaciones, para otros tantos cortesanos preferidos a quienes invitaba a este sitio. Construyó también una capilla, un cuartel para sus guardias de corps y los edificios necesarios para la administración de la finca. También dispuso allí los parterres de flores, las alamedas rectas, los bosquecillos no menos rectos, estanques, cascadas, fuentes, estatuas con su sonrisa elegante de salón, pilastras, columnas corintias, trofeos é inscripciones de siempre. Este real sitio sin embargo estaba destinado a ser mucho más que un retiro tranquilo; debía ser la quinta esencia de la apoteosis del soberano bajo la imagen del sol que con sus rayos de fuego consume a los que intentan resistirle y vivifica con calor benéfico a los buenos que prosternados le tributan sin cesar el culto debido. Por eso coronaba el frontispicio de la fachada principal el dios del sol en su carro, mientras los doce edificios menores al rededor parecían destinados a representar los doce trabajos del dios ó bien los doce signos del zodiaco que forman círculo al rededor del astro de la luz; y desde entonces hizo el rey del sol su símbolo favorito. El interior del palacio estaba adornado de pinturas de Van der Meulen que representaban los sitios de plazas fuertes que en presencia de Luis XIV habían sido llevados a feliz término.

Inmediato a Versalles hizo construir el rey otra casa ó palacio de campo, el Gran Trianon; y después a Fontainebleau, destinado principalmente como lugar de reunión en las grandes cacerías, y finalmente engrandeció y hermoseó el castillo de Chambord. Solo en los doce años subsiguientes a la paz de Nimega devoraron las obras del rey la suma de 74.374,631 libras, equivalentes a 446.247,786 pesetas; es decir, 37.187,315 pesetas cada año!

Esta pasión loca de grandes construcciones por medio de la cual el rey Luis XIV pensaba perpetuar de un modo palpable su gran reinado, apuró su hacienda en los años de paz, y destruyó en gran parte los victoriosos regimientos veteranos. Los duros trabajos que hubieron de ejecutar en aquellos sitios tan insalubres, produjeron enfermedades y una mortalidad tan espantosa, que se llevó más de 30,000 de estos soldados aguerridos solo en la proyectada y luego abandonada desviación del río Eure; de suerte que los oficiales más veteranos y prácticos decían, que estas obras costaban más que tres grandes batallas perdidas anualmente. Sucedió allí

como en la tragedia antigua, que la soberbia impía provocó la venganza inmediata de la divinidad.

Sin embargo, ni en los tiempos antiguos ni en los modernos se ha visto cosa tan brillante como esta corte de Luis XIV con sus dos ó tres mil cortesanos de relucientes trajes que cual inmenso y pomposo cuerpo de sacerdotes y sacerdotisas adoraban al señor del mundo, al rey Sol, en fastuosos templos de mármol, adornados de oro y ricas pinturas.

CAPITULO II

LUIS XIV Y LA LITERATURA, LAS CIENCIAS Y ARTES FRANCESAS

El brillo y la fama presentes no hicieron olvidar a Luis XIV la gloria que podía alcanzar entre la posteridad, en la cual debían dar testimonio de su grandeza no solamente las columnas y estatuas de Versalles sino también las obras literarias. Lisonjébase de forzar y deslumbrar el juicio de la historia como la opinión de sus contemporáneos. Prodigaba beneficios a poetas, hombres de ciencia, y no por amor y entusiasmo platónicos que le inspirasen las ciencias y la poesía, sino porque en esto como en todo miraba al bien de su propia persona, a su gloria y a su fama póstuma. Colbert lo dijo muy claro hablando de estos poetas: «Estos grandes hombres entusiasmados de verse bajo tan augusta protección, tienen la intención de HACER la historia de nuestro soberano por todos los estilos, en latín, en francés, en obras poéticas de toda clase, en apologías y otras obras de elocuencia, así como en medallas; y además la de su vida privada, en la cual pintarán también por todos los medios las manifestaciones tan lógicas de su espíritu, sus dichos y hechos, en los cuales resalta su admirable inteligencia.» Colbert tenía a su lado como un pequeño consejo de poetas y eruditos, en el cual se proyectaban las medallas para todos los grandes sucesos y las inscripciones para los edificios reales. Este consejo examinaba, corregía y enmendaba todas las apologías del rey que se recibían en indecible abundancia, para después hacerlas imprimir en la imprenta de palacio y darlas así al público. De aquí nació la «academia de medallas, inscripciones y bellas letras», nombre que corresponde perfectamente a su origen.

Más este círculo de apologistas no bastaba; era preciso promover en toda Francia, en toda Europa, un concierto general de alabanzas, y tener asegurada la cooperación de innumerables «trumpetas que pregonasen las virtudes del rey». Con este objeto se dieron tantas pensiones a escritores y eruditos, donativos que muy equivocadamente se han presentado como un elevado mérito de Luis XIV cuando en realidad aquel monarca miraba los productos de la inteligencia exactamente como todo lo demás, es decir, por el prisma de su egoísmo personal. Por otra parte, todas estas subvenciones juntas no importaban gran cosa, porque jamás pasó de la suma de 80,000 libras (480,000 pesetas) anuales lo que se distribuía entre los autores franceses. Entre una multitud de miserables medianías que no tenían más mérito que haber cantado en pésimos pero ampulosos y retumbantes versos al gran rey y sus grandes hechos ó el nacimiento del príncipe real, cayó también esta benéfica lluvia de oro sobre un hombre entonces joven y desconocido, que se llamaba Racine. Sabios extranjeros se vieron igualmente honrados con lisonjeras cartas que contenían letras de cambio a cargo de los banqueros del rey de Francia. Escritores holandeses, flamencos, alemanes é italianos, y ¡cosa singular! todos medianías que daban más esperanza de responder al honor que se les hacía y a las ventajas recibidas, participaron de estas larguezas, y en efecto correspondieron a ellas, ensalzando á



Pedro Corneille

su augusto bienhechor. Así por ejemplo un tal Wagenseil en Estrasburgo glorificó en alemán los grandes esfuerzos de Luis y de Colbert en favor del comercio y de la industria, y el italiano Dati esparció el «aura de las virtudes de S. M.» por las praderas de Italia.

Hay que convenir en que de todos modos Luis XIV no consideraba bajo un punto de vista mezquino su objeto de extender y perpetuar su gloria. Sabía apreciar en lo que valía la fama que puedan dar las obras de la inteligencia; y por esto le gustaba rodearse no solo de cortesanos, estadistas y generales, sino también de las primeras celebridades literarias cuya aureola de gloria se reflejaba en su persona y aumentaba el rutilante fulgor del sol real, que más que nunca aparecía como centro y foco verdaderamente único hasta de las manifestaciones de la inteligencia. No se contentaba con decir: «El estado soy yo», sino que quería decir también: «Yo soy la Francia.» Atraídos en efecto por la régia munificencia, reunióse al rededor de Luis un notable grupo de literatos, que se amoldaron á su modo de ver y á sus propósitos, poniendo al servicio de la real persona como criados fieles su laboriosidad y sus talentos, á ejemplo de Colbert, de Louvois de Turena y del mariscal de Luxemburgo, trabajando así para la gloria de aquella persona única, y viniendo á constituir el coro de ángeles que entonaba himnos armoniosos en loor de la divinidad que resplandecía en medio de ellos. En este sentido impío y blasfemo tomaba Luis XIV los elogios, como lo prueba su lema, elegido por él mismo: *Deo minor, sed orbe major*, es decir, «inferior á Dios, pero superior al orbe.»

En 1672 declaróse Luis XIV protector de la Academia francesa, fundada como sabemos por Richelieu; título honorífico que había llevado hasta entonces un alto dignatario del trono, y había quedado á la sazón vacante por fallecimiento. Con esto elevó la literatura á la proximidad inmediata del trono, y para darle mayor lustre decidió que las sesiones de esta corporación, que debía componerse constantemente de los cuarenta autores franceses más distinguidos, se verificasen en el Louvre, es decir, en el palacio real; y dispuso que en ellas no se hiciese distinción ninguna de categorías sociales, porque el mérito literario más eminente debía considerarse superior al de la cuna y posición social. Conforme á este mismo modo de ver, se enviaban para cada fiesta de la corte seis invitaciones á otros tantos miembros de esta academia, con lo cual se los equiparaba á los funcionarios más altos del gobierno, y á los individuos de la nobleza más ilustre. Después añadieron el rey y Colbert á esta academia, por decirlo así ya antigua, y á la de creación reciente de las medallas, inscripciones y bellas artes, una academia de ciencias para el fomento de las ciencias naturales y de las matemáticas, á cuyo fin fué dotada abundantísimamente de material, laboratorio, gabinete de instrumentos físicos, biblioteca y observatorio. Igual protección recibieron las artes, porque ellas también debían ponerse al servicio del gran monarca, conmemorar y glorificar sus altos hechos, dar realce á sus fiestas, hermosear sus moradas, y por supuesto reflejar como todo la majestuosa gravedad y regularidad invariable que irradiaban de la persona de Luis XIV.

Fundóse en primer término, á semejanza de los establecimientos modelos ya citados, una academia de pintura, completada con exquisito tacto con una escuela francesa de pintura en Roma, y luego veremos cuán bien armonizaba casualmente la escuela dominante en Italia con el rumbo que había tomado el carácter nacional francés, de suerte que aquella escuela se introdujo y fué aceptada é imitada sin tardar en Francia. Los doce jóvenes que el gobierno enviaba

á Roma, es decir, seis pintores, cuatro escultores y dos arquitectos, permanecían allí dos años á costa del Estado, y quedaban en cambio obligados á trabajar durante este tiempo exclusivamente para el rey. Se ve que todo había de girar al rededor del único foco.

De la reunión de arquitectos que Colbert desde un principio había organizado para proyectar y discutir las obras que hacía levantar el rey nació en 1670 una academia de arquitectura. Al año siguiente ideó el mismo rey una academia de música, porque este arte debía contribuir más que nada al mayor esplendor de las innumerables fiestas grandes y pequeñas que daba á su corte.

A las academias siguieron otros establecimientos científicos; primero el «Jardín Botánico» que entonces correspondía á su nombre, porque era un jardín de botánica y en especial para las plantas medicinales; y después la biblioteca real que se trasladó al palacio de Mazarino en la calle de Vivienne.

Esta biblioteca se compuso al principio solamente de 10,000 volúmenes; pero pronto y sin interrupción fué aumentada con obras sueltas y colecciones enteras, y con innumerables manuscritos, muchos de los cuales fueron adquiridos á costa de grandes gastos y peligros en los países más lejanos del Oriente; de suerte que no tardó en ser la primera y la más rica biblioteca del mundo en aquella época. Además enviaba el gobierno literatos eruditos á muchos países extranjeros para estudiar sus bibliotecas y archivos, y especialmente para reunir datos de paleografía y diplomacia.

Verdaderamente podía alabarse Luis XIV de que á pesar de la guerra de la coalición, y en medio de ella, supo dedicar también una exquisita solicitud al fomento de la literatura y de las artes, como dicen sus apologistas. En efecto, este era el lado más noble de su egoísmo de sultán, y á él más que á otras cosas hay que atribuir la alta fama que conserva todavía «la época de Luis XIV.»

Cuando el rey tomó las riendas del Estado de manos del muribundo cardenal Mazarino habían muerto ó se habían apagado los genios poéticos protegidos por Richelieu y Fouquet, y con ellos había concluido aquel notable período de la poesía francesa. Magdalena de Scudery continuaba impertérrita regalando al público sentimental sus voluminosas novelas en las cuales figuraba también el gran rey como «amante lacrimoso y un héroe, como los demás de papel de estraza.» Era la Scudery de la escuela de las *Preciosas* de Molière, á la cual pertenecían los autores de tragedias, á la moda entonces, Quinault y Tomás Corneille. Este no tenía ni la sombra del vigor poderoso de lenguaje ni el talento de individualización de su hermano mayor Pedro; todo en sus obras es fraseología vana que nunca acaba, situaciones inverosímiles, combinadas á fuerza de artificios, declamación hueca sobre el sentimentalismo y la virtud, con lo cual quería compensar y ocultar la falta completa de vida, movimiento y acción. El mayor de los dos hermanos vivía todavía, y publicaba también de cuando en cuando algún drama, pero ya no era lo que había sido en otro tiempo, y todos conocían que á pesar de algunos «versos sublimes» sueltos, habíase ya extinguido su vigor primitivo.

En cambio coincide con el reinado del gran monarca el apogeo del período llamado clásico de la poesía francesa, escuela incompleta, exclusivista y limitada á un solo sendero estrecho. En las obras de Pedro Corneille hay todavía alguna ráfaga de individualidad y de caracteres libres; en sus versos, á menudo elevados, oyesse como un eco de la época de Enrique IV, de María de Médicis y de la Fronda bastante favorable al desarrollo independiente de los genios poéticos y artísticos; pero Racine, su sucesor y rival victorioso en

tiempo del joven rey Luis XIV, presenta en sus obras mucho menos vigor é individualidad, bien que le lleva ventaja en la distribución del drama y en la mayor fluidez de lenguaje. Los héroes de uno y otro sexo de este último, son con su delicadísima sensibilidad, en sus amores y su lenguaje elegante, insinuador y sonoro, copias exactas de la sociedad de Versalles y de Marly. Sus antiguos griegos, romanos, israelitas y asiáticos que se presentaban en la escena con su correspondiente peluca, sombrerito y espadín, y se trataban de *monsieur* y *madame*, piensan, sienten y hablan exactamente como los cortesanos de Luis XIV que quizá encontraba en los héroes tan pomposamente graves de estos dramas, mas de una alusión á su calidad de semi-dios. Aquellos emperadores, Alejandro Magno, Agamemnon y Tito eran el mismo



Juan Racine

Copia de un grabado de P. Dupin, sacado del cuadro original pintado por J. B. Santerre

rey Luis XIV; y así pudo decir también Boileau, el amigo de Racine, que: «produciendo siempre nuevas maravillas, calcaba todos sus héroes sobre el patron del rey.» Racine que contaba con corta diferencia la misma edad que el rey, tenía también su ambición y sus aficiones galantes; y dotado como él de mas inteligencia que corazón, se sentía atraído é influido por su soberano. Nada pinta tan al vivo la época de Luis XIV como el ejemplo de Racine, cuyo elevado talento en toda otra época habria bastado para asegurar la independencia, la satisfacción y la gloria de su poseedor, y que sin embargo lo esperaba todo del monarca, estando alegre ó triste según las alternativas de su favor. El rey era el ideal de Racine; su ceño precipitó la muerte del autor que habia copiado demasiado bien la vida halagadora, el lenguaje fino, y la afeminación de la corte del gran rey, su protector.

Racine se alababa de imitar á los autores antiguos, diciendo que estudiaba las tragedias griegas con la pluma en la mano, copiando sus verdades y bellezas, á fin de adornar con ellas sus obras propias; pero aun en esto no hacia mas que seguir la moda de la época, ó sea la de la corte del rey, porque cuando los poetas cortesanos querían ensalzarle le comparaban con Ciro y Alejandro Magno, le colocaban delante de César; Venus y Minerva habian de colmarle de sus dones; Ceres y Mercurio habian de dar prosperidad á los pueblos, como servidores suyos; y le llamaban un Hércules

ó un dios Marte. Los escultores adornaban sus palacios exclusivamente con figuras y escenas de la mitología é historia antigua; pero así como el carácter del rey de Francia ningún rasgo presentaba que se pareciese á los de los héroes antiguos, tampoco presentan los individuos de piedra de Versalles con sus finas sonrisas ó actitudes teatrales nada que se pareciese á la tranquilidad serena, majestad natural y sencillez divina de las estatuas de la antigüedad, ni se encuentra en las escenas monótonas ni en el lenguaje cortesano reglamentado de las piezas de Racine, nada de la insondable profundidad de ideas, nada de las pasiones poderosas, del talento psicológico que campean en las creaciones y el lenguaje de un Esquilo y un Sófocles. Había copiado Racine de sus obras las famosas tres unidades, pero no pudo copiar su númen. Lo que ha conservado á Racine hasta hoy día un puesto importante entre los poetas, son su lenguaje armonioso, y la suavidad apacible de los sentimientos que sobresalen en sus obras; es decir, las manifestaciones de una civilización muy desarrollada pero refinada en demasia. Esto es todo; porque á excepción de algunos pedagogos y dómines franceses, no habrá ya nadie dispuesto á encontrar el ideal perfecto de la poesía en el llamado clasicismo nada clásico del siglo xvii, representado en su grado mas perfecto por Racine.

Así como en las obras de Racine campea mas la retórica que la poesía, del mismo modo en la poesía de la época de Luis XIV domina en general la índole práctica, que prefiere lo útil á lo sublime, como resultado de la influencia que ejerció aquel rey sobre el carácter del pueblo francés. El objeto de Luis XIV era suprimir todo lo que tuviera visos de libertad, dignidad del individuo, virtud de mujer, é independencia del pensamiento y de las acciones, reemplazándolo con la sumisión á los mandamientos de la Iglesia y del gobierno; con la industria, á fin de que las contribuciones fuesen muchas; con cierta moralidad del pueblo bajo, á fin de que los matrimonios fuesen fecundos y dieran muchos soldados al ejército, valientes para asegurar la victoria, y fieles cuando convenia emplearlos para sostener el orden interior; con la poesía en cuanto habia de contribuir al recreo de la corte, y con las ciencias *ad usum delphinis*. La ambición de la nobleza debia limitarse á aumentar el brillo del monarca, rodeándole del suyo, y hacerse digna de sus distinciones. Además era lícito á cada cual mirarse por su interés personal y egoísta, mientras no se reuniesen elementos que tendieran á un fin comun.

Con semejante régimen no sorprenden el fondo prosaico, práctico y frío, ni el espíritu crítico que predominan en toda la literatura de este periodo. El representante principal de esta tendencia de los ánimos es Boileau, el cual pretendió hacer prevalecer en la poesía el absolutismo tiránico de las reglas prescritas, de la etiqueta y de la razón práctica, es decir, superficial, que entonces en todo dominaba, pretensión que reflejan sus versos frios, pero concienzudamente torneados. En sus «sátiras» atacó no solo aquello que era irracional, exagerado, ridículo, sino también todo entusiasmo, todo fuego poético, todo vuelo á las regiones etéreas de los genios, en fin, todo lo que constituye la poesía. Como única meta á la vez que principio del arte poético se ensalza en ellas la razón natural, es decir, la razón práctica y calculadora. En vista de esto podría preguntarse si esta poesía podía ser otra cosa mas que una prosa rimada y enfática. Así también se explica que Boileau considerase como el *non plus ultra* de la poesía el soneto, que gira al rededor de un sólo pensamiento, y que con el suficiente conocimiento de la métrica y una aplicación perseverante puede ser obra de cualquiera persona medianamente instruida. Sus «epístolas» son naturalmente

modelos de aquella musa tan bien educada, tan atenta, urbana y cortesana. Vienen luego las apologías de Luis XIV; las de la vida campestre, tan de rúbrica en las cortes de los príncipes de aquella época, á pesar de que los autores cortesanos no la conocían mas que por haber visto á Marly y á Fontainebleau; elogios tributados á sí mismo y otros géneros por el estilo. Para colmo de su actividad de poeta y como complemento práctico á sus sátiras, escribió Boileau su *Arte poética*, en la cual da los medios al poeta ó autor dramático, lírico, elegiaco, cómico y aun al que hace sonetos, para llegar al ideal de su especialidad. Como indispensable, recomienda para vencer las innumerables dificultades, el trabajo incansable, el esfuerzo constante, la aplicación; pero de número, de estro, nada dice, porque esto no sería, según Boileau, mas que un apéndice molesto que fácilmente desviaría al discípulo del único principio salvador: la razón natural. Así no es de extrañar que la rima fuese lo que más admiraba en Molière; pues que le dice: «Dime, Molière, ¿dónde encuentras tus rimas?» En esta pregunta se retrata perfecta y completamente á Boileau, para quien la calidad principal en un buen poeta eran buenas y pacientes posaderas. Su don mas apreciable era su agudeza; cualidad que bien considerada se deriva mas de la inteligencia que del estro poético, y que se puso de manifiesto en su poesía cómica tan interesante y curiosa: «El facistol» (*le lutrin*).

Este Boileau era por excelencia el hombre del gusto de Luis XIV, de cuyas inclinaciones y propósitos era el retrato fiel, á lo cual se agregaba que empleaba toda su actividad en inventar lisonjas para el rey Sol. Por esta razón llegó á ser una de las personas mas favorecidas por la liberalidad del monarca. Primero percibió una paga de 2,000 libras (12,000 pesetas) anuales; luego fué llamado á la corte, donde su descripción pomposa del paso del Rin por Luis XIV en el año 1672 le valió el nombramiento de cronista (historiógrafo) del reino, favor que por fortuna no produjo ningún perjuicio á la ciencia de la Historia. Por intercesión directa del rey fué nombrado también individuo de la academia, á pesar del odio mortal que los «cuarenta inmortales» tenían á tan molesto censor.

A la misma escuela pertenece el incomparable fabulista La Fontaine, llamado con razón el poeta archifrancés, es decir, el poeta mas práctico y racional, fácil y amable, vivo sin ser apasionado, sentimental sin entusiasmo, moralizador y razonador tolerante, que adapta todo á la religión positiva sin forzar los términos. Muchas de estas cualidades serian otros tantos defectos en la poesía elevada; pero se armonizan perfectamente con la fábula fácil y graciosa, que no reclama ninguna profundidad ni en los pensamientos ni en los sentimientos, y que popular como ha de ser, puede muy bien, sin perjuicio alguno en este autor, reflejar la moral cómoda y expresada en frases generales y melodiosas con la cual solían escudarse y justificarse la inmoralidad y el egoísmo de entonces. La Fontaine era cabalmente un ejemplo y un exacto representante de su época. Como fabulista debia ser y era necesariamente moralista, pero al mismo tiempo era tan cínicamente inmoral, que chocaba con todas las costumbres reglamentadas y aparatosas de la corte; lo cual unido á la desgraciada circunstancia de ser amigo del infortunado Fouquet, le perjudicó tanto, que á pesar de todas sus lisonjas, solicitudes y eterno mendigar no pudo arrancar el mas pequeño favor del monarca, ora fuese honorífico como una invitación á la corte, ora material en forma de pensión. El mas amable, mas agradable, mas diestro y hábil de todos los poetas de su tiempo; el espejo artísticamente ingenuo de todos los tiempos, no pudo caer en gracia de Luis XIV, y se comprende.

El género de La Fontaine era demasiado popular y natural, estaba demasiado desprovisto de altisonante y majestuosa tiesura, para ser del gusto de aquel rey. Para probar en pocas palabras la fatal influencia que Luis XIV ejerció sobre la literatura, basta saber que las cualidades que para este rey eran las mas repulsivas, son cabalmente las que han hecho á La Fontaine popular y famoso para siempre. Podría citarse á Molière como argumento en favor de Luis, en cuya corte fué tan admirado, que excitará también siempre la admiración y á quien siempre se reconocerá un gran mérito; pero la verdad es que este autor tuvo que pasar por duras pruebas antes de conquistarse simpatía y aplausos; y por otra parte un genio de primer orden como el suyo no podia menos de triunfar de todos los obstáculos aun en las situaciones mas irracionales, forzadas y falsas.



Nicolas Boileau des Prâux

copiado del grabado de Drevet sacado del cuadro original De Pilex

Muy afín al género fabulista es el moralista; y caracteriza muy bien las tendencias prácticas del espíritu francés de aquella época el hecho de que justamente entonces se introdujera este género en la literatura. Su verdadero fundador fué el duque de La Rochefoucault, que en las contiendas políticas y aventuras amorosas de la Fronda habia desempeñado un papel desgraciado. Retirado en consecuencia de sus desengaños á una vida contemplativa, escribió sus «Máximas» tan vivas, tan melancólicas, en gran parte acertadas y exactas, y siempre brillantes.

Mas superficiales, pero menos ásperos, mas variados y mas interesantes para el gran número de lectores son los «Caractères» de La Bruyère, que vienen á ser una colección de artículos morales escritos por un filósofo elegante que con estilo fácil y amable sonrisa se propone instruir. No son de consiguiente estos trozos producto de las profundidades de un corazón destrozado como las «Máximas» que hacen vibrar en el alma del lector cuerdas análogas.

De estos trozos morales y fáciles están poco distantes las cartas de la señora de Sévigné, que son modelo de estilo y un finísimo y pulido espejo de todo aquel periodo. En estas cartas se retratan al vivo aquellos cortesanos tan elegantes burlándose en secreto del ridículo é indigno papel de sier-